

Los imperialistas, cegados por el encono y abrigando en alto grado la pasión del despecho por su derrota, han creído atenuar ésta, alegando que ella fué debida, en su mayor parte, al auxilio prestado por los Estados Unidos del Norte, cuyos servicios, se asegura, solicitaron los republicanos á trueque de enajenarles la Independencia nacional.

En contra de esos cargos tan insidiosos cuanto apasionados, tan carentes de verdad como de honradez, podríamos citar los hechos todos de la vida inmaculada de Juárez, relacionados con la libertad política y la integridad territorial de la Nación, que defendió con tanta entereza como constancia aquel insigne patricio y eminente hombre de estado; pero no juzgándolo necesario, copiaremos algo acerca del asunto, que dijo el Sr. Iglesias en una de sus apreciables é importantes Revistas, y esa transcripción dice así:

“En el concepto de reputar inevitable un rompimiento con el pueblo norte-americano, se ha adoptado, por supuesto, el arbitrio de presentar como defensores de la Independencia nacional á los opositores de los yankees, y de pintar como inconsecuentes y traidores á los que admitan tal auxilio.

“Esos arranques del despecho se estrellarán ante el buen sentido de la opinión pública. Risible es ver proclamarse hoy amigos de la Independencia á los mismos que han solicitado de rodillas el apoyo de la Francia para que vengan sus bayonetas á imponer la ley de la fuerza á un pueblo soberano. De parte de los defensores de la nacionalidad patria no hay inconsecuencia ni contradicción consigo mismos, porque no es cierto que los Estados Unidos abriguen pensamientos de conquista ni anexión.

“El partido que ha triunfado allí, es el que constantemente se ha opuesto á las empresas filibusteras de los surianos, grandes y buenos amigos de los intervencionistas de México. La adquisición de nuevos territorios no sería provechoso, sino antes bien perjudicial á la nación vecina. El interés que ella toma en nuestro favor, no nace de miras ambiciosas: procede únicamente del muy justo deseo de sostener la sabia doctrina de Monroe; de no consentir el peligro del establecimiento de una monarquía en su frontera, de castigar al astuto soberano que aprovechó su discordia civil al ingerirse en nuestros asuntos; de oponerse á una influencia auropea, cuyas confesadas ten-

dencias son las de contrariar la prosperidad y la grandeza de los Estados Unidos.

“No son éstos, por lo mismo, desinteresados en la cuestión, la cual, por el contrario, les afecta bien de cerca. Pero su interés no es opuesto, ni mucho menos amenazador para el de la República mexicana. Las dos pueden ligarse perfectamente, sin mengua, sin desdoro, sin perjuicio de ninguna clase.

“En el supuesto de que el auxilio de los Estados Unidos importara para México la pérdida de su independencia, ó la de una parte siquiera de su territorio, sería desechado desde luego por los buenos patriotas que odian toda intervención extranjera. Para ellos México no debe ser de la Francia ni de los Estados Unidos, ni de ninguna otra potencia extraña.

“*México debe ser única y exclusivamente de los mexicanos.*”¹

Habiéndose asegurado que Maximiliano trataba de hacer una desmembración en grande escala del territorio nacional, cediendo al Emperador de los franceses, como una muestra de gratitud ó en pago de la deuda contraída por motivo de la Intervención, los Estados de Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, unos en su totalidad y otros en parte; después de consignar que en virtud de ese plan cuya existencia parecía segura, el Ministro mexicano residente en Washington, contra esa tan infame resolución, protestó en los términos debidos, acto que aprobó el Gobierno constitucional de la República, el referido ciudadano Iglesias se expresaba así:

“La lucha en sostenimiento de la Independencia no cambiaría de carácter, aun cuando derrocado el trono de Maximiliano, y recuperada la parte de la Nación á que no se extiende la codicia francesa, quedara la cuestión reducida á sólo el ataque dirigido contra los Estados que se quiere hacer víctimas escogidas de la Intervención extranjera. Los derechos de Sonora, de Sinaloa, de Chihuahua, de Coahuila, de Nuevo León y de Tamaulipas, son tan respetables como los de los otros Estados, como los de la República entera. La causa de la Nación es solidaria; toda ella debe perecer, ó salvarse toda del naufragio. Ferviente es nuestro deseo de que no se repita entre nosotros la triste historia de José, vendido por sus hermanos.

¹ Iglesias. —Revistas históricas.—Tomo 3º Páginas 384 y 385.

“Y no solamente se luchará sin tregua ni descanso, por años y más años, si necesario fuere, para desbaratar las tramas de franceses, austriacos y traidores, sino que los Estados de la frontera pueden tener la plena seguridad, la absoluta confianza, de que el Gobierno republicano no faltará, ya sea en la prosperidad, ya en la adversa fortuna, á los compromisos que lo ligan para con ellos. Ni sus facultades, ni su voluntad hacen posible una desmembración, justamente considerada como deshonorosa. El Gobierno republicano que es el único verdaderamente patriota, considerará en todas ocasiones, como uno de sus deberes más sagrados, el de conservar la integridad del territorio nacional; y jamás consentirá en que pase á extraño dominio fracción alguna de la familia mexicana.”

Estas declaraciones de un ciudadano tan honrado como patriota, que formó parte del Ministerio del Gobierno constitucional, al que acompañó en su larga y azarosa peregrinación, durante la cual las escribió, son el perfecto reflejo, ó más bien, constituyen la expresión sincera de los sentimientos que animaban á aquellos hombres esclarecidos de *Paso del Norte*, representantes ingenuos de la honra é incolumidad de la Nación,¹ y que perseguidos, derrotados y establecidos hasta en los confines del territorio nacional, jamás dudaron del triunfo de la patria, sirviendo su envidiable conducta de estímulo y modelo, de esperanza y sublime ejemplo para los defensores de la República.²

¹ Decía “El Monitor Republicano:”

“Los señores Lerdo é Iglesias han sido los compañeros fieles del Sr. Juárez, sus colaboradores constantes, sus íntimos consejeros, su sostén moral é intelectual, los que han compartido sus trabajos, sus peligros, sus privaciones, sus miserias, las vicisitudes mil de esos terribles cuatro años de incesante lucha, de errante vida, de persecución tenaz, de admirable constancia, de valor estoico, de resistencia heroica, de indomable patriotismo: ellos le han coadyuvado y fortalecido en ese combate del principio político y del amor patrio contra la fuerza brutal extranjera y la usurpación, en la cual debía triunfar la bandera sacrosanta que ellos empuñaron.”

² Entre varias manifestaciones explícitas del Sr. Juárez (copia el historiador Vigil, en el México á través de los siglos, tomo V, página 863), publicamos el siguiente brindis que pronunció en un banquete con que se le obsequió en Chihuahua el 4 de Diciembre de 1866.

“Vemos á los franceses, dijo, partir de nuestro territorio; pero hay otras naciones que hablan de intervenir en los asuntos de México. Nada de esto queremos, ni de Francia, ni de España, ni de Inglaterra, ni de los Estados Unidos. Nos creemos capaces de gobernarnos por nosotros mismos, si se nos deja en libertad de hacerlo. Preciso es que nuestro territo-

La causa de ésta, encontró, como era natural, un eco de poderosa simpatía entre los hombres sensatos de todo el mundo, y muy especialmente entre los pueblos del Continente americano, ligados entre sí por tantos vínculos; y siendo los Estados Unidos del Norte los más prepotentes, y al mismo tiempo los más inmediatos al campo de la lucha, las manifestaciones en contra del atentado de Napoleón debían ser allí más patentes y hasta estrepitosas, tratándose de un país altivo y poderoso, netamente republicano y demócrata, y que ha hecho de la doctrina Monroe la firme base de su derecho público internacional.

“La América, dice el Sr. Vigil, es el país de la libertad; su destino es indeclinable; á él tiene que marchar necesariamente, á pesar de los obstáculos que en algunas partes oponga aún el espíritu de un retroceso imposible. Juárez, al defender la Independencia de la patria, defendió al mismo tiempo la incolumidad de la América, y en ello se funda esa doble auréola de gloria que asegura la inmortalidad de su nombre.”

Lo anteriormente expuesto, la ineptitud de Maximiliano, las intrigas de los franceses y de los conservadores, y sobre todo el patriotismo de los buenos mexicanos, hicieron imposible el establecimiento del trono del Archiduque. Este tuvo á su servicio bastantes fuerzas extranjeras y del país, y todas no pudieron contener el empuje nacional que dió al traste con aquel aparato de una ridícula monarquía; por su parte, el ejército republicano no contó en sus filas con elemento armado extranjero. Esto fué lo que presencié el país y lo que la historia consignado tiene en sus páginas imperecederas.

El historiador Arrangoiz, dice en estilo sentencioso aunque inverosímil, “que la caída del Imperio es la señal de la desaparición completa de la independencia de la República,” y más adelante en tono profético pero fatalista, agrega muy formal, “que no pasará probablemente medio siglo,¹ sin que no sólo la República mexicana sino los Estados de la América Central, la antigua Guatemala, serán de los Estados Unidos.”

rio permanezca intacto, y que establezcamos en él las Leyes de Reforma porque luchamos de tiempo atrás. Con la retirada de los franceses tendremos la paz y el progreso. Señores: brindo por la libertad y la Reforma, por la paz y la nacionalidad.”

¹ Escribía lo anterior en 1872.

Disertando á sus anchas con relación al asunto, y haciendo uso de un criterio netamente conservador, secunda lo aseverado por el partido imperialista, el cual, como queriendo paliar su horrendo delito de traición á la patria, ha declarado muy enfáticamente que, perdida la mitad del territorio de lo que se llamó Nueva España, el temor de perder el resto, le hizo á él, á los clericales, á la gente que *dizque* representa á todo el país, y su moralidad y su riqueza y su ciencia, y que se dice *modestamente* ser la nación verdadera, acudir al fin al único remedio que podía salvar la independencia y sus tradiciones; á la monarquía.

Siendo muy discutibles los asertos emitidos con referencia á la pérdida de nuestra nacionalidad, y no creyendo necesario entrar en una larga é intrincada disquisición acerca de un futuro contingente, ya hemos visto que el tan recomendable remedio fué un completo fracaso, y que aun juzgando que su acción hubiera sido bienhechora en el sentido indicado por los imperialistas, su implantación en el terreno de la práctica habría dado resultados contraproducentes, pues que queriendo alejar la intervención americana, no se hacía más que precipitarla por medio de las relaciones que el mismo Bazaine, secundado por Maximiliano, trató de establecer en los Estados Unidos, primero tratando de reconocer al Gobierno confederado, y después aceptando el proyecto de establecer en la República, con el carácter de colonos, á los soldados del ejército del Sur, derrotados en esa guerra gigantesca, y que como los del General Slaughter, pudieran entrar en nuestro territorio y formar con ellos, entre Monterrey y el Saltillo, grupos coloniales que formarían así un primer obstáculo á las invasiones de los filibusteros.

Hay que advertir que las combinaciones que anteceden y que envolvían una doble mira, nunca hubieran merecido la aprobación de nuestros vecinos del Norte,¹ y sí traído para México serias complicaciones, ya por la razón que antecede, y ya también por la falta imperdonable que se cometía, introduciendo al territorio nacional á los mismos que habían demostrado su avidez y su ingratitud con la absorción de Tejas; por lo tanto, era necesario el patriotismo ardiente

¹ Este asunto lo hemos tratado ya en otro capítulo del presente tomo, y á él remitimos á nuestros lectores.

de un Juárez, que miró hasta con desprecio los auxilios extranjeros que se le ofrecieron, así de hombres como de dinero, para hacer triunfar la causa de la República.

Las fatídicas predicciones que hemos apuntado, y que pueden muy bien conceptuarse como la cólera reprimida de un partido derrotado, han salido hasta hoy fallidas: la República mexicana, fuerte con la conciencia de su derecho, sigue con fe y constancia el camino del progreso que le tiene marcado el destino; y desde hace tiempo, en lugar de ese estado de anarquía y hasta de disolución que le fuera pronosticado por augures sin crédito, pero mal intencionados, ha estado disfrutando de la paz, ese tanpreciado elemento para la felicidad de los pueblos, y que creemos ya sólidamente establecido en nuestra querida patria.

Bajo su influencia benéfica, esta nación que hasta hace poco tiempo era vista con insultante indiferencia por los monarcas europeos, prosigue su marcha ascendente, desarrollando sus grandes elementos de riqueza y convidando al festín de la civilización á todos los hombres de buena voluntad, que por medio del trabajo quieran venir á este suelo privilegiado á participar de sus ventajas.

Libre de toda coacción extraña, emprende las mejoras que su estado bonancible le indica como adaptables á su nueva situación; y aunque muy distante todavía de haber pronunciado la última palabra respecto de su regeneración, procura vencer los obstáculos que se le presentan, implantando las reformas que aconseja la práctica, para entrar resueltamente en la vía esplendorosa de lo porvenir.

Y tal estado de cosas, nuncio feliz de otro mejor, obra es del gran partido liberal, tan calumniado por sus irreconciliables enemigos, y el cual, sin auxilio extraño, y antes bien, venciendo mil dificultades y peligros, ha operado un cambio completo en el modo de ser de la nación, extirpando preocupaciones funestas, estableciendo principios de libertad y reforma, perfeccionando el grandioso edificio de su existencia social, y asegurando el bien inapreciable de la Independencia, tesoro precioso que conserva y defiende como un don inestimable.

Y este cuadro de reconstrucción y bienestar que todos vemos y palpamos, es la mejor prueba, ó más bien, la contundente refutación que puede hacerse de esas profecías malévolas de que llevamos hecho

mérito, formuladas en tono *sibilino* por los despechados partidarios de la Intervención y del Imperio, quienes, no creyéndose aún vencidos encuentran un grato placer, "en falsear la historia; en denigrar la memoria de los hombres que mayores y más positivos servicios prestaron á la patria; en insultar á la escuela liberal que logró mediante esfuerzos heroicos consumar la revolución democrática; y en suma, en agitar las pasiones para mantener vivos los odios que en épocas luctuosas dividieron á los mexicanos".

Entretanto, el pueblo, indiferente á esas sugerencias de un maquiavelismo refinado, camina impávido por el sendero del progreso á la inmortalidad del vencimiento: en su explosión de gratitud, ha acordado honores y recompensas á los ciudadanos que más se han distinguido en la obra meritoria del bien común, levantándoles estatuas y erigiéndoles monumentos, digna recompensa de la virtud y el genio, y completo testimonio del agradecimiento de los ciudadanos hacia los grandes benefactores de la humanidad.

Puebla, Abril 11 de 1902.

M. Galindo y Galindo.